

Capítulo 1

Temprano, un día de verano de 1746...

Una mañana de mayo, amaneció apaciblemente en Northumberland; el sol apareció envuelto en la cálida telaraña de un amanecer rosado y avivado por los delicados cantos de los pájaros hasta que...

— ¡Es ridículo! Eso es lo que es. ¡Absolutamente ridículo!

Alaric Henry Sinclair Fortunatus Drayton, el cuarto duque de Sudeleigh, meneó la cabeza y se quejó frente al desayuno, un plato lleno de sus manjares favoritos: huevos hervidos y fiambre de cordero. Clavó el tenedor en un trozo de melón y, a juzgar por su expresión mientras lo masticaba, con la boca torcida, cualquiera diría que la fruta estaba podrida.

Al otro extremo de la mesa, estaba su gracia, la duquesa Margaret, una imponente mujer de actitud regia, nariz recta, frente altiva y pelo castaño salpicado ligeramente de gris. Esa mañana en concreto lo llevaba recogido *à la tête de mouton*,* debajo de la esclavina de volantes y encaje, y envuelto en un halo gracias a la luz natural que entraba por la ventana que había a su espalda,

* Peinado típico de las mujeres del siglo XVIII que consistía en bucles cortos y algunos mechones de pelo sobre la nuca. (*N. de la T.*)

mientras tranquilamente servía una taza de té negro a su marido. A diferencia de los gritos alterados del duque, la duquesa ofrecía la imagen perfecta de la tranquilidad.

El arrebato de su marido no la había asustado en lo más mínimo puesto que en aquellos veinticinco años, el tiempo que llevaban casados, había aprendido a tomarse con calma los accesos de furia del duque. A pesar de que a veces era impulsivo, Alaric casi nunca hacía daño a nadie.

—¿Qué sucede esta vez, querido? —preguntó, al final, porque sabía que él estaba esperando que se lo preguntara.

—¡Bah! —respondió él, enseguida—. Nada, otro fascículo de ese ridículo periódico, *La espectadora femenina*. —El duque agitó un pequeño folleto en el aire. Con el pelo castaño y canoso y el cuello almidonado, parecía el sacerdote local pontificando desde el púlpito—. Es una lástima desperdiciar papel para imprimir esto.

La duquesa bebió un sorbo de té y lo miró de reojo. Vio que uno de los botones de la solapa de la chaqueta de día estaba flojo y se dijo que haría que se lo arreglaran. Le gustaba mucho esa chaqueta. El color resaltaba las motas verdes de sus ojos.

—¿De dónde lo has sacado?

—Oí que lord Polson hablaba de él, que se había enterado por lord Gwynne, a quien se lo había dicho lord Bainesford, ¡que se encontró a su mujer comentándolo a la hora del té!

—¿Leticia lo estaba leyendo a la hora del té? Siempre la había tenido por una mujer sensata...

El duque la interrumpió.

—Así que hice que me enviaran una copia desde la librería de Newcastle. Me han dicho que es el tema de conversación en todos los salones de Londres. ¡Una ofensa para el rey y para el país! Margaret, mira qué pone en la primera página: «Una carta a favor de la igualdad entre hombres y mujeres». ¡Igualdad! ¿Entre

hombres y mujeres? ¿Habías oído alguna vez una tontería de este calibre?

La duquesa, que sabía cuándo era mejor callar sus propias opiniones, se limitó a menear la cabeza y se concentró en la fina capa de mermelada que había encima de la tostada.

—No, querido. Creo que no.

—¿Quién se atrevería a escribir una insensatez como esta?

—No tengo la menor idea, querido.

—Aquí lo firma «Una dama de calidad», pero no me imagino a ninguna de nuestras amistades escribiendo algo tan extremo como esto. Me han dicho que hay apuestas sobre la identidad de la autora. Vale cualquiera, desde criadas a duquesas, incluso se ha barajado el nombre de la reina, por traidora que resulte la idea. Lo más probable es que la rebelde sea la hija natural de algún liberal desgr...

Cualquier parecido con el sacerdote del pueblo se esfumó en ese momento.

—¡Alaric! Las niñas... Te ruego que controles tu vocabulario.

El duque se tragó la grosería y frunció el ceño con tanta fuerza que la papada se le dobló encima de la corbata de encaje como un pudín. Tiró el panfleto encima de la mesa, cogió la taza de té y bebió un largo trago del oloroso brebaje. Y luego se pasó varios momentos observando en silencio la hebilla plateada del zapato izquierdo.

Sin embargo, su silencio sobre ese asunto no se alargó demasiado.

—Si esta «Dama de calidad», como se hace llamar, se atreve a escribir algo así, al menos debería tener el valor de añadir su verdadero nombre al final de la carta. Que todo el reino sepa quién es para que puedan avergonzar a su marido, a su padre, o a quien sea responsable de esta chica y obligarle a que meta en vereda a esa rebelde indecente.

—Sí, querido —respondió la duquesa, suspirando.

—Lo que hace falta es disciplina, Margaret. —Agitó el dedo hacia su mujer—. Siempre he dicho que en cada casa tiene que haber disciplina. Me recriminas que ate tan corto a nuestras hijas, pero podrías apostar tus mejores medias de seda a que ninguna de nuestras hijas firmaría jamás una bobada como esta. Nuestras hijas conocen perfectamente el orden de las cosas, el lugar que ocupa una mujer y lo que no debe hacer.

El duque desvió la mirada hacia el despliegue de gracia femenina que ocupaba ambos lados de la larga mesa de caoba. Cinco pares de ojos, tremendamente castos en tonalidades que iban del marrón al verde, lo estaban mirando.

—¿No es cierto, niñas?

—Sí, papá —respondieron todas, al unísono.

El duque respiró hondo una vez para tranquilizarse. En realidad, pensó mientras las miraba a las cinco, incluso para alguien más imparcial que él eran un festival de perfección femenina. ¿Había existido alguna vez tanta gracia y tanto encanto natural? Eran un orgullo para Inglaterra, porque no podían existir mejores ejemplos de pulcritud y buenas maneras en el país. Olvidándose por completo del panfleto que tanto lo había alterado hacía unos momentos, el duque sonrió por debajo del flequillo de la peluca empolvada, satisfecho como nadie mientras miraba, una a una, a todas sus hijas, con edades comprendidas entre los ocho y los veinticuatro años.

Caroline, Matilda, Catherine, Isabella y Elizabeth; a todas las habían bautizado con el nombre de algunas de las mejores reinas de la historia de Inglaterra. Cada una a su manera eran únicas, inteligentes e innegablemente refinadas como la realeza; la legítima, claro. Incluso Caro, la más pequeña, bebía el té como si estuviera en un salón de Kensington Palace.

Y lo cerca que habían estado de hacerlo.

Todo había empezado hacía dos siglos y cuarto con una in-

significante mujerzuela llamada Eliza FitzJames. De todas las mujeres con las que el rey Enrique VIII se había casado, encamado e incluso decapitado, ninguna había conseguido darle un heredero varón; ninguna excepto la discreta y modesta Eliza, una prima lejana del rey y una de sus amantes más duraderas.

Un tranquilo día de otoño de 1521, Eliza dio a luz a un varón, con el pelo pelirrojo rubio y el carácter fuerte de su legendario padre. Lo llamó Fortunatus con la esperanza de que eludiera las enfermedades y calamidades que habían acontecido a los otros hijos del rey y, de hecho, el niño se convirtió en un fornido joven de quien el rey estaba más orgulloso cada día.

Sin embargo, la historia ya estaba escrita y Enrique estaba casado con Catalina de Aragón, con lo cual no pudo reconocer a ese hijo. De modo que hizo lo único que podía hacer para garantizar el futuro del chico: casó a la dulce Eliza con uno de sus más devotos cortesanos, Sinclair Drayton de Parbroath. A cambio de una fortuna y un título nobiliario, Drayton aceptó educar al joven Fortunatus como si fuera suyo e ignorar la duradera relación entre su mujer y el rey.

Y al hijo que se convertiría en el único hijo varón del rey en alcanzar la edad adulta, y el que jamás podría heredar su corona, le entregó el mayor honor que podía: el ducado de Sudeleigh.

Y así, dos siglos después, Alaric, el tataranieto de Fortunatus, estaba sentado frente a su progenie, hinchando el pecho debajo del chaleco bordado de forma parecida a la de su regio antepasado. A pesar de que el destino le había negado un trono que ahora ostentaba un primo lejano hanoveriano, Alaric había dedicado su vida a continuar con el linaje de su dinastía casi real a través de sus hijas, a las que casaría con excelentes maridos de sangre noble inglesa: condes, marqueses, incluso quizás algún príncipe heredero.

Las miró, serenas como delicadas flores alrededor de la mesa, y en el centro su duquesa, su orgullo, su razón de ser.

Cerca de ella, siempre a su lado, estaba Caroline, la más pequeña. Era su margarita, inocente y brillante como una estrella, con el pelo rubio y unos ojos azules que constantemente buscaban la luz del sol. La siguiente era Matilda, o Mattie como a ella le gustaba, preciosa como un pensamiento, la flor de la mente, o eso había dicho la Ofelia de Hamlet. Era, más que ninguna de sus hermanas, la viva imagen de su madre, con el pelo castaño, los ojos con reflejos dorados y que, casi siempre, estaban posados en las páginas de algún libro. Catherine, su hija mediana, era el alhelí y la hiedra, y no porque no fuera tan encantadora como las demás, ni mucho menos. Katie era una vibrante flor con el pelo de color anaranjado intenso y ojos verdes, pero prefería florecer apartada de la luz del sol; era tranquila y discreta, un soplo de aire aromatizado transportado por la brisa de verano. Frente a ella, estaba su dulce violeta, Isabella, con el pelo oscuro y los ojos de color ciruela. Era la romántica, la tierna, la virtuosa. Y por último, su Elizabeth, la mayor, su rosa salvaje. Vital, frágil, preciosa sin igual, delicada y, sin embargo, mordaz.

Cuando desvió la mirada hasta la octava silla de la mesa, la única vacía, el duque suspiró de forma familiar. Aunque adoraba a sus hijas y sonreía con orgullo cada vez que las miraba, igual que el viejo Enrique VIII hacía dos siglos...

Anhelaba un hijo.

Era el peor de los dilemas.

Alaric Henry Sinclair Fortunatus Drayton, el duque más rico e influyente de Inglaterra, no tenía descendencia masculina directa. Si muriera mañana mismo, Dios no lo quisiera, su querida mujer e hijas perderían todo lo que tenían, la casa donde siempre habían vivido, las comodidades a las que estaban acostumbradas. Toda su ropa, incluso la ropa de cama donde dormían, pasarían a manos del actual heredero del ducado: el hijo del hermano pequeño de su padre. Y, con ello, su mujer y sus hijas dependerían

económicamente de una persona que, la última vez que se informó, tenía catorce años.

Era algo que lo mantenía desvelado muchas noches, mientras perseguía sombras por los pasillos oscuros cuando no podía dormir. Eso le hacía temblar cada vez que se acercaba fin de año. Cuánto más mayor se hacía, más se alejaban sus esperanzas para el futuro de su familia. Pero si tuviera un hijo... Ah, si tuviera un hijo.

Alaric miró a su mujer, que estaba escuchando a Catherine mientras ésta le explicaba los progresos en su última clase de arte. A pesar de que las demás hijas también ansiaban la atención de su madre, Margaret le prestó a su hija mediana toda su atención. El duque, mientras la observaba, se dijo que siempre había tenido esa habilidad, esa capacidad de escuchar a alguien y hacer que esa persona creyera, de verdad, que lo que estaba diciendo era lo más interesante del mundo. Incluso algo tan mundano como el *papier-maché*... o qué peluca quedaba mejor con el chaleco de color verde botella. Era una de las muchas cosas que le gustaban de su duquesa.

Alaric se había casado con Margaret Leighton, hija del conde de Fiske, cuando apenas tenía veintiún años y cuando ella sólo contaba con trece. Era un matrimonio que ambas familias habían acordado hacía tiempo pero, como caballero del mundo, a Alaric no le había hecho ninguna gracia casarse con una niña. Acababa de salir de la universidad. Ni siquiera había visitado un burdel ni se había batido en duelo. De modo que, cuando la tinta del registro de la parroquia todavía estaba húmeda, había partido hacia el viaje por el continente de todo caballero. Al cabo de cinco años regresó y descubrió que tenía una esposa que ya era toda una mujer, y la más guapa de Londres. Una dama que le hizo contener la respiración la primera vez que la vio.

Jamás olvidaría aquella noche, hacía más de veinte años, cuan-

do, recién llegado a Londres del continente, fue a la ópera con unos amigos y la vio sentada en un palco cercano, delicada como una perla.

»—¿Quién es? —preguntó en voz alta al primero que quisiera oírle—. Seguro que es la esposa de alguien.

Sus compañeros se lo confirmaron.

»—Sí, está casada.

»—¿Con quién? —preguntó él.

»—Contigo. Se trata, ni más ni menos, que de la duquesa de Sudeleigh.

Alaric no daba crédito a que la jovencita que había dejado en casa hacía cinco años se hubiera transformado en aquella belleza elegante que estaba sentada con aquel porte y aquel encanto en el palco de la ópera. No perdió el tiempo, ni mucho menos, a la hora de asumir su papel de marido y consumir el matrimonio a toda prisa.

Poco después, el duque y su encantadora duquesa empezaron a llenar la habitación de juegos de pequeños bebés... todos niñas. Con cada sucesivo nacimiento, Alaric se había dado cuenta de que Margaret lo miraba con una gran ansia en los ojos, como si una pequeña parte de ella temiera que su marido siguiera los pasos de su formidable antepasado Enrique y mandara decapitarla.

«El deber de toda esposa es darle un heredero al marido», decía ella.

Sin embargo, Alaric jamás la culparía por los golpes del destino. Al fin y al cabo, habían sido bendecidos con cinco hijas preciosas, sanas e inteligentes. Además, se preguntó esperanzado, ¿quién había dicho que su familia ya estaba completa? A sus cuarenta y cuatro años, Margaret todavía tenía edad para tener otro hijo más. Y él acababa de cumplir los cincuenta y todavía era capaz de engendrar otra vez... y otra, si fuera necesario. Era cierto que hacía cinco años que habían perdido al último, y de-

masiado temprano para saber qué era. Pero quizá todavía tenían tiempo, aunque sólo fuera para intentarlo.

¡Y qué bien que se lo pasarían intentándolo!

El duque estaba tan absorto en esos enérgicos pensamientos que no se percató de la mirada castaña de la joven que estaba sentada en el extremo izquierdo de la mesa. Era una mirada que cualquier hombre más observador habría definido como «peligrosa».

Elizabeth Regina Gloriana Drayton era la hija mayor del duque y, de lejos, la que más se parecía a él. Testaruda y asertiva desde el día que nació, le habían puesto el nombre de la hija del rey Enrique, Elizabeth, la reina Virgen de Inglaterra. Con su pelo castaño claro y la piel pálida, parecía destinada a llevar ese nombre. Más alta que la mayoría de mujeres, Elizabeth se había convertido en la viva imagen de su tocaya real, con una desenvoltura tan particular que atraía todas las miradas cuando entraba en cualquier habitación. Mucho más culta que la mayoría de su género, Elizabeth, o Bess como al duque le gustaba llamarla, podía conversar en varios idiomas, le gustaba bailar y el teatro, y era tan competente con la aguja y el hilo como con el pianoforte. Montaba a la amazona con el brío y el espíritu de un hombre y era capaz de debatir sobre cualquier asunto con la convicción propia de la Cámara de los Lores. Y fue, precisamente, el enfado de su padre con el mencionado panfleto lo que sacó a relucir esa cualidad aquella mañana. Sin embargo, esperó a que el duque estuviera sumido en la lectura del periódico antes de hablar.

—¿Papá?

—¿Hmm? —respondió el duque sin apartar la mirada del periódico.

Elizabeth apartó el plato y entrelazó los dedos de las manos encima de la mesa.

—Es que estaba pensando en lo que has dicho antes sobre ese panfleto que has leído.

—¿Y?

Elizabeth miró a Isabella, la más cercana en edad, que meneó la cabeza para disuadirla.

Sin embargo, Elizabeth continuó:

—Creo que has dicho que era «ridículo» y que era «una lástima desperdiciar papel para imprimir esto». —Hizo una pausa, mirando fijamente el muro de papel que había delante de su padre—. Sin embargo, me pregunto una cosa: Si los editores publican estos panfletos es porque interesan, ¿no es cierto?

El comedor se quedó en silencio. Las conversaciones paralelas terminaron y todos los ojos se posaron en Elizabeth. Pasó un momento. Dos. Todos, incluyendo a los lacayos, e incluso al doguillo de su madre, *Ming*, se prepararon para el estallido que estaban convencidos que explotaría.

Sin embargo, el duque simplemente bajó el periódico y miró a su hija mayor por encima del papel.

—¿Qué has dicho?

Elizabeth se incorporó e irguió la espalda.

—Sólo me pregunto por qué alguien iba a tomarse la molestia de publicar cartas como las que has mencionado si no interesaran.

El duque entrecerró los ojos, del mismo color castaño que los de su hija.

—Al fin y al cabo —añadió ella, enseguida—, sólo soy una mujer y no entiendo las cosas tan bien como tú.

Su sarcasmo, disfrazado de humildad, pasó inadvertido a oídos del duque. El hombre se animó. Incluso sonrió. Hay quien habría jurado que los presentes suspiraron aliviados.

—Ay, mi pequeña, eres demasiado joven y demasiado inocente para entender los conceptos escándalo y controversia. Por lo tanto, debes permitir que te ilumine.

Elizabeth asintió.

—Es una realidad desafortunada que únicamente dos cosas,

el escándalo y la controversia, venden más periódicos y libros que los grandes ejemplos de literatura y educación juntos. Cuanto más espantosa sea la noticia, me temo que más copias se realizan. Poco importa si es cierta o no. Todo se reduce a que, mientras el público siga devorando esa porquería, los editores seguirán publicándola y se llenarán los bolsillos con eso.

—Entiendo.

Elizabeth esperó varios segundos antes de añadir, con mucha calma:

—Pero ¿no has comprado tú también uno de esos panfletos? El duque se volvió hacia su mujer.

—¿Qué les estás enseñando a estas niñas, Margaret?

—Su pregunta es pertinente, Alaric.

—¿Pertinente? —El duque soltó el aire y volvió a mirar a su hija mayor—. Sí, querida hija, he comprado el panfleto. —Hizo una pausa para buscar una explicación creíble—. Pero únicamente para poder enseñaros a ti y a tus hermanas la diferencia entre un material de lectura apropiado y uno inapropiado.

Le quitó a Matilda un libro de poesía que la niña estaba leyendo encima del cuenco de avena cocida a su lado. Mattie gritó ante el robo inesperado mientras el duque agitaba el libro en el aire como si fuera una declaración de guerra.

—Esto —dijo, alzando cada vez más la voz mientras agitaba el libro para que todas lo vieran—. Esto es un material de lectura adecuado para jovencitas elegantes. —A continuación, cogió el deplorable panfleto—. Y esto es un material inadecuado, lleno de palabras sin sentido que sólo aportan ideas sin sentido. —Se levantó, se dirigió hacia el fuego y lanzó el panfleto a las llamas. Luego, se volvió con el ceño fruncido hacia sus hijas—. Y haríais bien de recordarlo. Todas.

El obediente coro de voces femeninas volvió a responder:

—Sí, papá.

Sin embargo, al otro lado de la mesa, Elizabeth estaba miran-

do a su padre en silencio. Lo vio regresar a su silla y volver a esconderse detrás del periódico, bloqueando así cualquier comentario. Ella deseaba desesperadamente responderle, pero, como su madre siempre le había dicho, «una mujer inteligente debe saber elegir el mejor momento y lugar para cada debate». Y la mesa del desayuno de los Drayton cuando su padre estaba de mal humor no era la elección más propicia. Así que Elizabeth se mordió la lengua y esperó los escasos minutos que faltaban para que el reloj del pasillo junto al comedor diera las nueve, que resonaron en el silencio del salón.

—¿Me puedo excusar, padre? —preguntó, dejando la servilleta en la mesa.

El duque miró a su hija.

—¿Qué planes tienes hoy, hija?

Elizabeth no dudó ni un segundo a la hora de responder.

—He pensado que podría dedicar un poco de tiempo al dechado y a escribir algunas cartas antes de ir a la modista de Corbridge con mamá para una prueba.

El duque sonrió, orgulloso.

—Espléndido. Has estado trabajando muy duro en ese dechado, Bess. Debe de estar quedando muy bien. ¿Podremos verlo algún día?

Elizabeth miró a Isabella otra vez e intercambiaron una mirada de complicidad.

—Cuando esté terminado, papá. No antes.

El duque sonrió a su mujer.

—Nuestra Bess es una perfeccionista, Margaret. Como su padre. —Agitó la mano en el aire—. Tienes permiso para levantarte, hija. Y aprovecha la luz de la mañana.

Elizabeth separó la silla de la mesa.

—Gracias, padre. Lo intentaré.

Al cabo de unos instantes, Elizabeth estaba en su habitación, cerrando la puerta con llave para asegurarse de que nadie la mo-

lestara. Se volvió hacia la habitación. Las ventanas divididas con parteluz estaban abiertas hacia la claridad del día, que atravesaba las cortinas adamascadas de color claro y se reflejaba en el color ámbar de los paneles de la pared recién pulidos. En la esquina más lejana había un armario, esculpido en el elegante palisandro, lleno de vestidos de seda y satén. El tocador estaba cubierto de pequeñas botellas de colonia que habían llegado de lugares tan lejanos como Oriente. El suelo estaba cubierto con una alfombra *savonnerie* y, de los doseles de la cama, colgaban brocados. Una cama cuyo colchón estaba hecho de las mejores plumas de ganso de toda Inglaterra. Bastaba con tocar una campana y tenía un ejército de criados a su disposición; había nacido en un mundo privilegiado, sí, pero esos privilegios tenían un precio.

Cruzó la habitación y se acercó hasta una cesta de sauce, que estaba encima de una repisa de la ventana con cojines. Sacó el pedazo de tela que había tensado alrededor de un tambor de madera y recuperó la aguja, que estaba fija en un extremo. Observó la tela detenidamente antes de clavar la aguja, estirar el hilo de color por completo y repetir la operación para conseguir una puntada perfecta. Ya estaba, se dijo mientras levantaba el tambor y admiraba el resultado a contraluz. Al fin y al cabo, le había dicho a su padre que pensaba trabajar en el dechado...

Elizabeth dejó las labores, se alejó de la ventana y se sentó frente a su escritorio. Se quedó sentada unos minutos, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, contemplando por la ventana el jardín ornamental que se extendía hasta el manzanal.

Incluso a esa hora tan temprana ya prometía ser el perfecto día de verano. Las rosas de la duquesa estaban en flor, y aromatizaban el aire que atravesaba las copas de los árboles. Un coro de pájaros trinaba y acompañaba a Caroline durante su práctica diaria con la espineta en el salón del primer piso. Los caballos, con su oscuro pelaje brillando bajo el sol, pacían tranquilamente en los verdes pastos que estaban a lo lejos. Sin embargo, Elizabe-

th no se percataba de nada. La serenidad, la música, la belleza del día... todo le pasó desapercibido. En lugar de eso, sólo hacía que recordar las indignadas palabras de su padre en la mesa.

«Ridículo.»

«Idiotez.»

«¡Igualdad! ¿Entre una mujer y un hombre? ¿Has oído alguna vez una estupidez de este calibre?»

Por mucho que quisiera a su padre, y admirara y respetara su bondad y su amor hacia su mujer y sus hijas, a veces podía ser simplemente antediluviano. Era como si, esa mañana, se hubiera levantado con varios siglos de retraso para el desayuno. ¿Por qué?, se preguntó, no por primera ni segunda, sino por enésima vez. ¿Por qué su padre les había facilitado, a ella y a sus hermanas, los beneficios de la mejor educación a la que podían aspirar si luego les negaba el derecho a utilizarla? ¿Era únicamente para tener algo de qué alardear con sus amigos mientras se tomaban una copa de brandy, como su agilidad con la caza o la inteligencia de su perro cobrador?

Sin embargo, incluso mientras se repetía la pregunta una vez más, ya sabía la respuesta. Mientras que su habilidad para traducir textos a varios idiomas o para calcular la suma de varias cantidades mentalmente puede que fuera «original» y «única», el mundo en el que vivía todavía estaba gobernado básicamente por hombres...

Y a ellos ya les estaba bien así.

Aunque eso no quería decir que a ella también.

Metió la llave plateada que llevaba escondida con una cadena alrededor del cuello en la cerradura de la mesa y deslizó un falso fondo oculto debajo del cajón central. Sacó un pequeño fajo de papeles tamaño folio y rebuscó hasta que encontró el que buscaba, y luego leyó el título en silencio a la luz del sol.

*Una carta a favor de la igualdad entre hombres y mujeres...
Por una Dama de Calidad.*

Elizabeth sonrió. Había sido uno de sus mejores escritos. Lo sospechó desde el momento en que lo envió a Londres para que lo imprimieran. La reacción de su padre esa mañana, y la aparente polvareda que estaba levantando en la ciudad, sólo venían a confirmarlo.

Dejó los papales a un lado y sacó un ejemplar de «La espectadora femenina» de un cajón. A diferencia del que había acabado entre las llamas en el comedor, este tenía fecha de hacía casi dos años y lo había leído y releído tantas veces que los márgenes estaban muy arrugados. Fue una feliz mañana de verano, bastante parecida a la de hoy, cuando se topó con la publicación por casualidad en la biblioteca circulante de Corbridge. El título de la revista le había llamado la atención, pero el contenido enseguida la cautivó:

«La objeción que he oído expresar a algunos hombres de que la educación nos daría alas es débil e injusta, porque nada nos curaría mejor de las vanidades de las que se nos acusa que el conocimiento...»

«Por fin», pensó. Una revista escrita por mujeres que no tenían miedo a expresar los pensamientos que tantas otras habían reprimido durante generaciones. Elizabeth compró un ejemplar del panfleto y se lo leyó de principio a fin, y luego se sentó para escribir una carta de alabanza a la editora, la señorita Eliza Heywood, novelista y dramaturga de cierto prestigio, tristemente más famosa por haber abandonado a un marido que la maltrataba que por su talento con la palabra escrita.

Lo que siguió fue una correspondencia que se convirtió en amistad entre las dos mujeres de similar ideología, pero con orígenes absolutamente distintos. Elizabeth por fin había encontrado a alguien afín, una confirmación de las ideas y las opiniones que se había fabricado durante su corta vida. Y entonces, un día, llegó la invitación para que Elizabeth contribuyera a la publicación con su propio artículo, de forma anónima, por supuesto,

porque si se descubriera que la hija de uno de los duques más respetados de Inglaterra albergaba dichos ideales, el escándalo posterior sería de dimensiones desconocidas hasta el momento.

Al principio, Elizabeth sólo pretendía escribir un comentario, una simple investigación sobre el perjuicio que se estaba cometiendo al evitar que las mujeres pudieran estudiar lo mismo que los hombres. A través de su pluma se preguntó por qué existía la creencia generalizada de que la inteligencia femenina se desarrollaba mejor escogiendo cintas de pelo o la ubicación de la siguiente puntada en un dechado que estudiando historia o filosofía. A ese discurso lo siguieron dos más y, antes de que fuera consciente de ello, muchos más, hasta que se vio escribiendo un artículo, una «Carta de una Dama de Calidad», para cada número de la publicación.

De modo que colocó una hoja en blanco en la mesa y se preparó para escribir su siguiente carta, aunque se detuvo a pensar un segundo antes de hundir la pluma en el tintero mientras recordaba la escena del comedor de esa misma mañana.

«¿Qué planes tienes hoy, hija?»

Elizabeth empezó a escribir con su caligrafía pausada y elegante: «Una carta de una Dama de Calidad en contra de limitar a las jóvenes a la costura».